# Circulo

Andrea Barrios Cedrés

# Capítulo 1

Ordalía dobla la esquina por el pasillo y se encuentra de nuevo en el punto donde comenzó: la fea salita con los mismos muebles deteriorados y llenos de polvo; la misma pared, sin ventanas, tan descascarada, que era como un horrible retazo de colores; rematado todo, la inscripción en el centro con marcador negro que rezaba:
"EL INFIERNO ES…" con un gran circulo muy torcido al centro.
A pesar del cansancio se estremeció, hacía mucho calor, eso seguro, se volvió a limpiar la cara de sudor y se sentó en la manchada y raída alfombra ignorando los muebles para evitar los nubarrones de polvo que se levantarían, se posicionó en una esquina. No quería llorar, llorar no sirve de nada. Ya estaba muy deshidratada tal como están las cosas.
En un principio, cuando llegó a la salita y leyó la leyenda, le pareció tétrico y de mal gusto; la segunda vez que intentó irse por el pasillo en forma de "L", se asustó. ¿Cómo demonios era posible partir y volver al mismo punto sin dar la vuelta? Comenzaba a desesperarse después del cuarto intento. Suspiró y cubrió su cara con sus manos. El tiempo parecía no querer correr desde está aquí, se siente estancado. Una risita se le escapó, y pronto el ruido de una gran carcajada con toques de histeria irrumpe en el monótono silencio, la risa dio paso a las lágrimas y Ordalía rompe en sollozos. Pero al final enmudece, luego de un rato.
–La señorita se ve cansada. –Dice una voz ronca y envejecida.
Ordalía levantó la mirada sorprendida, pero solo era Órdago, el extraño encargado de la casa, no estaba segura de quien era pero ahí está: el viejo hombrecito con su ropa raída y desgastaba, mostrándole su sonrisa amable de dientes amarillos; todo encorvado y delgado, con su cabello blanco. Se siente un poco mortificada de que la encuentre con rastros de lágrimas aun en las mejillas que procede limpiar con prisa.
–Debería retirarse y descansar. Hay un cuarto para usted. –Continuó Órdago muy solícito, ignorando el gesto, y como las anteriores veces, le señaló con su raquítico brazo la primera puerta del lado derecho en el comienzo del pasillo.
La primera vez se asustó cuando se topó con él pues apareció de repente justo como ahora. En este momento, tal vez por el cansancio o por su ataque de nervios, o un poco de ambos, le dio el valor que antes no tenía. Se puso de pie viéndolo de frente y casi gritando dijo:
–¡Lo que necesito es encontrar una salida de este lugar de locos! ¡Órdago, dime algo ¿Eres un fantasma?! –Tragó saliva, –No me atrevía a preguntártelo antes, pero de seguro eso explicaría muchas cosas.
A pesar de su arrebato, el viejito parecía pensativo y meditaba las palabras antes de contestar. Mientras los segundos pasaban Ordalía no tenía idea que haría ella si le dijera que lo es en verdad, ya de por sí eran inquietante que no lo negara inmediatamente.
–No soy un fantasma, pues no estoy muerto, señorita, –respondió Órdago al fin, sin mirarla a los ojos, pero antes de que pudiera respirar con tranquilidad, él continuó. –Al menos no creo estarlo, no recuerdo haber

muerto, pero... –Esta vez la vio directo con una mirada entre triste con otra cosa que supo interpretar. –Como entenderá más adelante; la memoria no es algo muy confiable que digamos. –Antes de que Ordalía pueda decir algo, el viejo termina diciendo.
"–Sí no se le ofrece nada más, me retiro. –Órdago da la vuelta.
–¡Pero, sí es así! ¡Ayúdame a encontrar una salida, estas tan atrapado aquí como yo! –Dijo gritando la joven. El ruido parecía chocar contras las paredes, abriéndose paso contra el silencio, solo un momento, pues el silencio devoró el sonido como si nunca se hubiera producido.
Órdago se detuvo, y volteó a mirar, no a Ordalía, sus ojos cansados se posaron a la inscripción de la pared; y éstos reflejaron la mirada de un niño desvalido, haciendo eco de su propia tristeza, ella, a pesar del calor, sintió un helado escalofrió escalándole por la espalda hasta la nunca.
Luego el hombrecito con el peso del abatido, encorvándose más de lo que estaba, se fue en silencio, arrastrando los pies rumbo a la primera puerta del lado izquierdo. Abrió la puerta y ésta hizo un chirrido de entrada y al cerrarse.
Ordalía decide retirarse a descansar a la habitación (se niega a usar el posesivo), al entrar se encuentra un cuarto aséptico, pero práctico (y para su grata sorpresa limpio), de color crema, y por supuesto en forma de "L". Tiene una cama, una mesita de noche de madera rustica, donde descansa una tinaja con agua y un vaso, ella, con la sed que tiene bebe directamente ignorando el vaso. Una vez calmada la sed puede ver que hay un armario pequeño, un baño sin puerta fuera de la vista de entrada del cuarto, unas cortinas que dan frente del baño…
Se lanzó de forma precipitada a las cortinas, casi cayéndose con sus propios pies, las retira con brusquedad y… Encuentra bloques de cemento donde se supone que estaba la ventana. Cierra los ojos con brusquedad y coloca la mano sobre la superficie, es áspera y caliente. Vuelve a abrirlos, acaba de tener una idea. Va al armario y lo abre, dentro puede ver una sola prenda que es un antiquísimo vestido guindando en la única percha de alambre. Bingo. Con una gran sonrisa descuelga el vestido dejándolo caer con descuido y toma el gancho. Lo sostiene justo al frente de sus ojos. Con esto cree que puede abrir un boquete. Se dirige a la que alguna vez fue una ventana y vuelve a colocar la mano en la superficie, puede imaginarse la luz del sol del otro lado, brillante como su esperanza.
Bosteza cansada, de repente siente mucho, mucho sueño. Mira hacia la cama, empezaré luego cuando esté más descansada, se dijo. Coloca el gancho en la mesita de noche y apaga la luz, se acuesta a dormir.
Hay rejas por todos lados, rejas de metal grueso que se cierran unas contras otras, y se entrecruzas dejando espacios pequeños e incomodos por donde Ordalía tiene que pasar, en algunos puntos tiene que agacharse o arrastrarse por el piso en otros, debe pasar de medio lado o pasar una pierna primero que otra, resulta molesto y cansando, finalmente luego de un rato cruzando así, llega a la ventana, que no está bloqueada, pero justo cuando comienza subirla, unas rejas se cierran en su camino bloqueando su salida.

–¡No! –Grita mientras agarra los barrotes intentando moverlos sin éxito. Del otro lado de ellos puede ver un patio lleno de vegetación, flores silvestres, y, hasta un árbol, todo bien cuidado, también llegó a ver una fachada deteriorada de una casa, con una ventana enrejada como la suya, entre más mira observa más detalles, ve una puerta al lado la ventana; está entreabierta.
Un movimiento en una esquina le llama la atención y ve una persona camino, yendo hasta la puerta, no es otra persona que ella, su pelo negro hondeando suelto contra el viento y su caminar seguro y sin preocupaciones.
–¡No, no, no! ¡No entres, es una trampa! –Se grita desesperada, pero su yo que va caminando no la oye y sigue su camino como en cámara lenta.
–No puede escucharte. –Dice una voz que está en la otra ventana, mira y descubre un hombre que está ahí, al igual que ella también agarra las barras.
–¿¡Qué!?
–No te escuchará y entrará, por eso tú estás donde estás, y yo también estoy dónde estoy. No entendemos que pasa hasta que lo hacemos y después es tarde para hacer algo distinto, más que esperar que todo vuelva a empezar, la rueda sigue girando, es así como es; es así como siempre ha sido. –Dice el hombre muy triste.
–¡Debe haber algo que pueda…! –Se detiene cuando escucha la puerta cerrarse, sabe lo que significa, sabe que entró, sabe que está atrapada. ¡¡¡NOOOOOOO!!!
Despertó con un sobresalto del mal sueño.
Miró a su alrededor y encontró el mismo cuarto, todo estaba en su lugar y no había rejas, su estómago gruñó quejándose por el hambre, ¿Cuánto tiempo habrá dormido? Demasiado, pues siente las articulaciones rígidas. Se levanta de la cama y los huesos le van sonando con cada movimiento; *toc, toc, toc,* como pequeñas detonaciones, incluso la quijada le suena al bostezar. Toma un poco de agua de la tinaja, esta vez usa el vaso.
Tiene unas enormes ganas de ir al baño, además de hambre feroz. Va al cuarto de baño; éste es muy limpio aunque parece no ser muy usado. Como todo en este lugar, huele a encerrado, pero mucho menos, tiene baldosas azules, hay un mueble de pared de baño con su espejito, le recordaba a los que tenía su abuela. Hay agua corriente, es una buena noticia, luego alza el rostro y se mira en el espejo.
–¡¿Pero qué es esto?! –Dice alarmada, su cara es la misma, pero se ve diferente, tiene marcadas líneas de expresión, y mira su pelo unas cuantas canas.
Parece más vieja de los veinte años que tiene. Toca su rostro sin poder creérselo. Salé de la habitación sintiéndose muy angustiada.
–¡Órdago! –Gritó
–¿Sí? –Dice detrás de ella.
Ordalía se voltea alterada.
–¿Cuánto tiempo estuve dormida?
–El tiempo que necesitó para descansar y reponer sus energías, señorita. –Fue la respuesta de Órdago.

–¡No me vegas con eso…! ¡Parezco mayor, unos 10 o 15 años! –Gritó.
–Debería de comer algo, de seguro tiene hambre, –se limitó a decir, –hay caldo de pollo y cazabe. Está bueno.
–¿¡Qué!?
–Hoy tenemos comida y hay que comer; mañana tal vez no, y bueno, no se comerá. –El hombre dijo eso sin perder el aire amable y de triste resignación.
–¡Voy a salir de aquí! –Grito y sin esperar respuesta se lanzó al cuarto a buscar el gancho y abrir el boquete.
Órdago se limitó a suspirar, enderezó los hombros un poco encorvados, tiene que mejorar la posición o quedará jorobado, se pasó la mano por su cabello, todavía tenía unos cuantos cabellos negros. Él si disfrutaría de la comida.
Ordalía empezó a limar la superficie pasando la punta del alambre del gancho por el bloque, dándole como podía, se arañó varias veces por no saber cómo agárralo y cambiaba de mano cuando una se le cansaba. Se quedó sin energía casi empezando, su hambre no quería ser ignorada, todo lo contraria, su estómago rugía que podía escuchar su reclamo, como si no fuera suficiente no sentirla.
Escuchó como Órdago tocaba la puerta.
–Señorita, debe comer algo o se enfermará.
Luego de una pausa lo dejó entrar, traía una bandeja con un caldo con unos huesitos de pollo acompañado con unos pedazos de cazabe a un lado para mojar. Su estómago se volvió a quejar y se le hizo agua la boca.
Órdago la colocó sobre la mesita de noche. Dándole las gracias, Ordalía se sentó en la cama y empezó a devorar el alimento. El caldo estaba tibio, le faltaba aliños, había poca carne en los huesos y no tenía verduras, era lo más deliciosos que había probado.
Por supuesto no fue suficiente. Pero al menos tiene algo en el estómago.
–Hay que aprovechar todas las oportunidades que tendremos para comer.
–Ordalía se sobresaltó pues estaba tan ocupada devorado su alimento que no se dio cuenta que Órdago no se fue. Luego ella frunció el ceño.
–A todo esto ¿De dónde viene la comida? –Órdago volvió a quedarse callado con su aire de meditación.
–Simplemente aparecen donde deben estar, aunque me gustaría que aparecieran con más frecuencia, señorita. –En ese momento vio su proyecto de boquete a medias; dudó un momento como queriendo decir algo más, pero luego negó con la cabeza. –Creo que prefiere estar sola. La dejo. –Recogió todo con diligencia y se fue muy presto a irse en el mismo silencio con el que entró.
Ordalía siguió en lo suyo, fue al baño dos veces y tomó agua de la tinaja, se cansaba y descansaba para volver a empezar, luego de mucho trabajar abrió un hueco en el muro, tardaría una eternidad en abrirlo completo, pero ya estaba el comienzo. Su corazón se aceleró cuando se asomó a la mirilla que había hecho para ver el mundo, hecho un vistazo y…
Nada.
Estaba demasiado oscuro, seguramente ya es de noche, y por eso no podía ver, cerró los ojos e intento imaginar el exterior, un jardín bien

cuidado con flores silvestres, el olor de hierbas recién cortadas, la brisa fresca que mece con suavidad las hojas, refrescando el calor que hacía antes durante el día. ¿Estará nublado o el cielo estará despejado? Seguramente no hay luna y por eso no puede ver nada. Da igual, tiene en su cabeza el jardín y sabe que está allí.
Volvió a asomar un ojo, tal vez pudiera detectar otra cosa, la oscuridad estaba allí estática, profunda y completa. No hay ruidos, frunció el ceño al notar eso, pegó la oreja al hueco esperando oír alguna cosa, grillos, algún perro a lo lejos, un carro pasando, algo, pero solo escuchaba el sonido de su respiración, durante un momento se sintió como si nada estuviera allí, un vacío profundo.
Se estremeció, sintiéndose muy sola.
–No, debe de haber algo, es imposible que no haya nada. –¿En serio? ¿Más imposible que un corredor que empieza y termina en el mismo punto, o envejecer luego de dormir? –Una ola de inquietud le recorrió todo el cuerpo.
Se quedó despierta, unas horas sin trabajar en el boquete, intentaba decirse que es que estaba muy cansada para trabajar pero esa no era la razón. Buscó en el cuarto y encontró en el cajón de la mesita de noche un libro, era de cuero desgastado, un diccionario de esos que tenía la letra pequeñita y apretada, y junto a él una lupa. Suspiró, por lo poco interesante que le resultaba. Le entró sueño por puro aburrimiento y empezaron a pesarle los ojos de nuevo, a pesar de que no quería dormirse, el cansancio la fue venciendo y el sueño la fue meciendo entre sus brazos hasta que la hizo suya.
Había muchos espejos en la habitación, pero todos le devolvían un reflejo diferente, en uno era una joven en sus veinte años, en otros era una mujer un poco mayor, y en otro una mujer de mediana edad y en otro era una ancianita, no podía saber cuál espejo le decía la verdad y cual no, recorrió la habitación estando perdida, finalmente llegó a uno que decía en el marco superior: ¿Quién eres tú? El espejo a diferencia de los demás era de cuerpo entero y tenía una capa de mugre que lo cubría, Ordalía consiguió un trapo y empezó a limpiarlo, la mugre era una grasa, mezclada con polvo, por más que frotaba no lograba ver bien el reflejo debajo de la suciedad, se estaba frustrando al no saber, pues sabía que es espejo era el único que le mostraría la verdad.
–Lo estás haciendo mal, pierdes el tiempo. –Al voltear ve a un joven de ojos triste que la observa, el joven tiene algo de familiar pero no logra localizar donde.
–¿Tienes una mejor forma?
–No debes limpiarlo, solo estas regándolo más.
–Entonces, tu idea es que me quede sin saber quién soy yo. –Dijo mosqueada.
–Pero tú sabes quién eres, siempre lo has sabido, el problema es ese precisamente, que prefieres no saberlo y te ocultas la verdad.
–¡Y quien eres tú para decirme que no quiero saber! –No entendía por qué, pero sus palabras le molestaba.
Suspiró, viéndose más deprimido.

–Yo soy… –Pero escuchó un ruido que la sacó del sueño, despertándola. El calor era pegajoso, y a pesar de que es incómodo todavía durmió profundo. Sus ojos le dolían y estaba tiesa como tabla.
*Toc, toc,* era la puerta, –¿Sí? –Preguntó con voz ronca y desgasta casi inaudible, su garganta estaba muy seca.
–Señorita, ya hay comida ¿No le gustaría comer algo? –Preguntó Órdago muy amable. Ordalía intentó aclararse la garganta. –Dame un momento, –si él la escuchó o no, no sabría decir pero no insistió, Ordalía tomó la tinaja y el vaso y vio su mano envejecida, pero ya no estaba sorprendida, llegado este punto, eso era de esperarse, debía salir de aquí antes de que el tiempo se le acabase, levantarse fue un reto y poco a poco fue consiguiendo llegar al baño. Si necesita una confirmación a lo que ya sabía, el espejo le devolvió el reflejo de una extraña, una mujer con el pelo con más sal que pimienta, arrugas en el entre cejo, y las mejillas comenzando a caerse. La mujer le devolvía la vista y en esos ojos estaba la mirada de alguien perdido y asustado.
No queriendo ver más el fracaso en esa cara familiar y desconocida. Usó el baño y hasta pudo darse una ducha, vagamente se preguntó, mientras se quitaba lo que parecía años de mugre acumulada en sudor, si Órdago era el que limpiaba el baño, lo que implicaría que entraba mientras dormía. Se estremeció, esa idea hacía que se le erizaba el vello en el cuerpo. Al terminar, no quería volver a ponerse su vieja ropa, pero no tenía otra cosa que ponerse…
Entonces recordó el viejo vestido del gancho de ayer, o cuando sea que fue ayer. Fue a buscarlo, ya no estaba tirado en el piso, por supuesto, sino de nuevo en un gancho, lo que confirmaba la teoría que Órdago venía, limpiaba y ponía en orden las cosas, tendría que hablar muy seriamente con él.
El vestido es de su talla y olía a naftalina, y al usarlo en verdad se sentía muy vieja, como de otra época.
–¡Órdago! –Lo llamó, la puerta de al lado se abrió y un hombre apareció, ligeramente encorvado, delgado, el pelo negro y unas pocas canas en las sienes.
–¿Sí, señorita?
–¿Luces más joven? ¡Tú! –Lo apunta con el dedo. –¡No te me acerques! –Los ojos de ella reflejaban el terror y la acusación, los de él solo reflejaban triste preocupación.
–Señori…–Alzó su brazo en dirección de ella.
–¡No!, –Ordalía lo interrumpió y dio un paso atrás, tanteaba para conseguir la puerta sin perderlo de vista.
–¡Tú me hiciste esto a mí! ¡Me robas la juventud!
El hombre solo suspiró y negó con la cabeza con cansancio y se quedó quieto. Ordalía entró en su cuarto y trancó la puerta. A pesar de la debilidad de su cuerpo como pudo arrastró la cama para bloquear la puerta, quedando exhausta en el proceso, tuvo que quedarse a descansar y ventilarse con la mano, era un inútil intento para refrescarse, como pretender agarrar agua con un colador

Esta vez terminaría el trabajo y por nada se dormiría, le dio al boquete hasta abrirlo más, el miedo era un gran aliciente para lograr metas pospuestas. Pronto ya podía meter tres dedos si se hubiese atrevido de no ser porque el pequeño agujero negro en la pared quería tragarse sus esperanzas, aun no lograba ver nada más que esa oscuridad y comenzaba a sentir una gran inquietud, pues esa oscuridad parecía más un abismo que una salida.
Se detuvo.
El presente eterno parecía querer engullirla, las lágrimas comenzaron a correr por su cara, quería gritar y gritar. ¿Es que acaso no hay una salida? Al final gritó, rompiendo el silencio asfixiante que reina en ese lugar, pues al menos algo debía de ser atravesado, pero aunque lo hizo, no se sintió mejor por hacerlo, pues era un gesto tan inútil como querer parar una caída con las manos desnudas, el instinto te hace extenderlas, pero al final te estrellas contra el suelo igual.
Ella estaba en el piso. Literal y metafóricamente.
El silencio se impuso al ruido que ni el eco se atrevió a contradecirlo.
O al menos hasta que.
*Toc, toc.*
–Señorita. –Pausa, –Yo sé cómo se siente. –Dijo Órdago.
–¡Tú no sabes nada! Y ¡Ni siquiera me conoces! –Respondió con voz ronca Ordalía. Empezó a llorar y sin fuerza dejó que las lágrimas correr.
–Sí, la conozco mejor de lo que cree y, soy la única persona que entiende por lo que está pasando.
–¡Cállate! ¿Cómo esperas que te crea? ¡Sólo mírate y mírame! –Se acostó en el piso y se abrazó.
–Señorita, revise el cajón de su mesita de noche, encontrará un libro de cuero grueso. Ya debe saber que es un diccionario, busque las palabras "órdago" y "ordalía" luego vaya a las últimas páginas, encontrará respuestas, tal vez no las que buscaba, pero sí respuestas al fin y al cabo.
Luego hubo silencio.
Ordalía quedó en el piso llorando y acurrucada, al final se durmió.
Si soñó algo no puede recordarlo, al levantarse, se siente adolorida y cansada por algo más que dormir en el piso.
La anciana que le devuelve la mirada en el espejo ya es una extraña, que solo tiene pesar y resignación en la mirada, cojea por la habitación, todo está tal cual como lo dejo en un principio, su improvisada barricada, la mesita con la tinaja de agua fresca. Toma agua para refrescar la garganta seca y ve el cajón.
Sin nada que perder lo abre y encuentra el viejo diccionario, con sus mismas páginas amarillas y sus mismas letras pequeñas y apretadas, no puede leer con sus ojos de anciana, chasca la lengua y cierra sus inútiles ojos, por su puesto, pero al menos tiene la lupa.
Busca detenidamente hasta hallarlo. Comenzó a leer. Luego buscó las últimas páginas y comenzó a leer. Su expresión comenzó a alterarse a medida que avanzaba empezando por la sorpresa a la incredulidad, al miedo.

–Nadie puede librarse del juicio de Dios. –Se dijo mientras dejaba el diccionario sobre la mesita de noche.
Un escalofrío le recorre la espalda.
–Mi nombre es…–empezó a recordar lo que le ocurrió estando en ese lugar, su vida, su realidad, quien era ella, todo quedó al descubierto, sus rodillas temblorosas amenazaban con derrumbarla, ella ya se estaba derrumbando emocionalmente.
El cuarto era demasiado asfixiante, tanto que casi no podía sentir que respiraba, como pudo se movió, y avanzó al pequeño agujero negro de la ventana, no era una salida después de todo, es la mirilla a un abismo, rodó las cortinas para no verlo más, y lo más importante, para que el abismo no pudiera verla a ella, no fue sorpresa escuchar un crujido, y sin verlo sabía que el agujero se reparó, como si nunca hubiese estado allí en un primer lugar. Luego, fue a baño para hacer sus necesidades.
Tenía que quitar su barricada, el último intento patético de tener algún control, pero no tienes control cuando el juego esta amañado en contra tuya. Le tomó un buen rato, y tuvo que descansar un par de veces por el esfuerzo, pero logró despejar la entrada y salió de la habitación.
Un joven de unos veinte años le daba la espalda y miraba a la inscripción que estaba en la pared del fondo en la misma polvorienta y vieja salita.
–Hola, señor, ¿Se le ofrece algo? –dijo Ordalía.
El joven se volteó sorprendido.
–ha… me asustó, y… ha… no, no se me ofrece nada…
–Ordalía, señor, mi nombre es Ordalía.
–Soy Órdago, disculpe acaba de entrar.
Sobre la mesita, el diccionario está abierto en la última página se lee lo siguiente:
*Epilogo.*
*El círculo se cierra con un nuevo inicio, Órdago y Ordalía permanecen en él, lo único que cambia los papeles que desempeñan, y todo sigue su curso inalterable, dos personajes de una historia atrapados y destinados a vivirla una y otra vez, mientras haya alguien que lee el cuento.*
*Hay una gran verdad en la inscripción de la pared.*
*Oculta a plena vista, no entendemos hasta que se hace tarde.*